

## COMENTARIOS

# ESTADOS UNIDOS Y LOS ESCUADRONES DE LA MUERTE EN EL SALVADOR

El 25 de noviembre último leía el embajador de Estados Unidos en El Salvador, Thomas R. Pickering, lo que pudiera considerarse su discurso de presentación ante la opinión pública salvadoreña. En él subrayó los cuatro pilares de la política norteamericana para El Salvador: defensa, desarrollo económico, democracia y diplomacia. En lo que toca a la defensa su afirmación más significativa es que “aún una defensa perfecta, una ‘victoria militar’, no garantiza ni la seguridad a largo plazo ni las metas fundamentales de los cambios políticos y económicos compartidos por El Salvador y los Estados Unidos”. En lo económico, su afirmación básica es que “parece ser que la desastrosa declinación de una tasa de crecimiento real —25% en los últimos cuatro años— será detenida este año. Para el futuro tenemos la intención de cambiar nuestro enfoque y concentrar nuestros programas de asistencia en este crecimiento positivo que creemos posible”. En lo diplomático, su afirmación esencial es que “la confianza en la diplomacia a través del Proceso de Contadora, es un hito en el desarrollo de las relaciones entre los países de la región”.

Pero donde su discurso y su programa fueron más punzantes fue en lo referente al terrorismo de derecha llevado a cabo por los escuadrones de la muerte, que el embajador lo trató bajo el rubro de democracia. Aunque reconoce un cierto avance en las instituciones democráticas del país, concluye que “a pesar de todos estos indicios de progreso, el terror extremista sigue siendo la piedra en la cual tropieza la democracia en El Salvador”. Aunque alude al terrorismo de izquierda, es claro que su referencia fundamental es el terrorismo de derecha. “Lo importante es que los terroristas son asesinos,

torturadores y secuestradores. Como tales, merecen nada menos de la sociedad que un castigo público y justo por tales crímenes... Muchos de nosotros tenemos información acerca de algunos personajes involucrados... Mi profunda preocupación es que nadie parece estar tratando de obtener evidencia que pueda ser presentada ante tales tribunales (de justicia)... Estamos seguros de que tales individuos son tan bien conocidos por las fuerzas de seguridad como lo son para aquellos de nosotros que sólo hemos estado en el país durante un corto tiempo”. Lo que consterna a Estados Unidos en las autoridades de El Salvador es la falta de acción “contra quienes asesinan y secuestran a profesores universitarios, a médicos, líderes laborales, campesinos y empleados públicos... Ninguno de nosotros puede darse el lujo de continuar con el auto-engaño de que nada se sabe realmente acerca del mundo tenebroso de estos individuos y que, por lo tanto, nada puede hacerse...”.

Nuestros lectores pueden leer todo el discurso en nuestra sección de documentación. No lo pudo hacer el público salvadoreño. La prensa nacional censuró el discurso del embajador norteamericano y no se atrevió a dar realce a su valiente condena del terrorismo. ¿Por miedo? ¿Por conivencia? Más de un artículo y más de un editorial salieron en defensa de ese terrorismo de derechas con razones tan bochornosas como criminales. De todos modos el silencio de los medios de comunicación —unos en mayor grado, otros en menor— demuestran hasta qué punto y en qué estratos ha calado la autosatisfacción con el terrorismo de derechas que ha causado al país en cuatros años cerca de cincuenta mil asesinatos comprobados.

Dos preguntas fundamentales suscitan las palabras de Pickering, las cuales contaban con el respaldo previo de la Casa Blanca y luego fueron reconfirmadas por el Vicepresidente Bush, tanto en El Salvador como en Washington. La primera es por qué esas palabras no se han dicho con esa claridad hasta ahora; la segunda es qué se pretende con ellas ahora.

Ciertamente el anterior embajador norteamericano en una ocasión similar tuvo el año pasado palabras duras, pero más veladas, contra el terrorismo de derecha y, sobre todo, contra la incapacidad del poder judicial salvadoreño para poner freno a este baño de sangre derechista (cfr. ECA, 1982, 409, pp. 1056-1057), palabras respondidas ferozmente por la Cámara de Comercio y la Cruzada pro Paz y Trabajo. Sus resultados efectivos fueron nulos: no descendió el terrorismo de derecha; más aún fue aumentando hasta el punto que el Presidente Reagan ya no podrá certificar que ha habido mejora en este último semestre, pues lo que ha habido es empeoramiento. Pero este no es el punto. El punto es que desde 1980 se desató una campaña de terrorismo de derechas, cuya cara más visible son los escuadrones de la muerte, pero en la cual participan sistemática y masivamente los cuerpos de seguridad del Estado. Así lo han denunciado anteriores embajadores norteamericanos, así lo han reconocido las propias autoridades norteamericanas, así lo han fustigado los obispos de la Iglesia católica tanto en El Salvador como en Estados Unidos, así lo han demostrado una y otra vez los periodistas, así se ha comprobado decenas de veces en que se han podido verificar matanzas de civiles indefensos... Y, sin embargo, no se ha hecho nada efectivo para remediarlo. Peor aún, la Administración Reagan se ha empeñado en disimular estos hechos, certificando con manifiesta impropiedad que ha habido en El Salvador una mejoría en el respeto a los derechos humanos.

Esto lleva a la conclusión de que Estados Unidos es responsable junto con el Gobierno de El Salvador y la Fuerza Armada de la violación de los derechos humanos y de la existencia de los escuadrones de la muerte. Y esto por dos motivos: el terrorismo ha sido parte importante de la estrategia de contra-insurgencia, como lo ha sido en Argentina y lo ha sido en Uruguay, y, en segundo lugar, porque, al menos, no se ha hecho lo que se debiera hacer para impedirlo. El discurso de Pickering se pudo y se debió tener ya en los primeros meses de 1980 y, desde luego, tras el

asesinato de Mons. Romero; y lo que es más importante, acciones decisivas para erradicarlo se debieron tomar con anterioridad. Es un gran error y es un delito pensar que se puede hacer democracia fomentando o tolerando el terrorismo; es un error pensar que se puede erradicar el comunismo con lo que ya la OEA calificó de terrorismo de Estado, refiriéndose a la situación de El Salvador. Hay innumerables declaraciones oficiales y académicas para demostrar lo que estaba pasando y frente a ellas la Administración Reagan cerró oídos y ojos para poder seguir dando ayuda militar y económica que pudiera impedir el triunfo del FMLN.

Si hasta ahora se ha hecho tan poco, es porque a Estados Unidos no le convenía hacer más. La Administración Reagan y la señora Kirpatrick en particular han dicho en repetidas ocasiones que el pretexto de los derechos humanos



no podía poner en peligro la seguridad de Estados Unidos y la resistencia al avance de las fuerzas comunistas. Todavía se ha quejado en las Naciones Unidas de que ese alto organismo es parcial cuando condena a El Salvador y no condena a otros países por la masiva violación de los derechos humanos. Aunque fuera parcial —y no lo es—, lo importante no es determinar quién es peor, sino si las cosas que suceden en El Salvador son absolutamente abominables. No queremos afirmar que Estados Unidos busque la violación de los derechos humanos por sí misma, pero sí que la ha permitido, cuando no alentado indirectamente, si con ella se consigue lo que es su propósito fundamental: apartar el fantasma del comunismo del área centroamericana. Ciertamente no ha sido el elemento esencial de su estrategia, pero sí ha sido una parte importante de su táctica. Desde hace años Estados Unidos ha podido saber y ha sabido lo suficiente para empezar a erradicar las profundas raíces del terrorismo y de los escudrones de la muerte. No lo ha hecho porque no le convenía, no lo ha hecho porque nunca ha sido prioridad para él la erradicación del terrorismo de derechas. Muchas veces lo hemos repetido en esta revista: ¿por qué tanta saña contra lo que llaman terrorismo de izquierda y por qué tanta benevolencia e impunidad contra lo que llaman ahora y ha sido siempre terrorismo de la derecha?

Con lo cual entramos en la segunda cuestión. ¿Qué se pretende con ello? Claramente lo dice el embajador Pickering. Estados Unidos no puede aportar la ayuda necesaria para que no triunfe el FMLN si sigue esta masiva violación de los derechos humanos; la Administración Reagan necesita conseguir del Congreso cifras por encima de los 100 millones de dólares y el Congreso no se las va a conceder, si las cosas siguen como hasta ahora. Por un lado, Reagan ha vetado la certificación porque ya no podía seguir engañando; por otro lado, tenía que hacer algo que contrarrestara ese veto. Y ese algo es esta fuerte campaña verbal contra los escudrones de la muerte. Algo es algo. Pero el problema fundamental es, si efectivamente se va a conseguir erradicar el cáncer del terrorismo de derecha o todo va a quedar en palabras y en permisividades condescendientes. No negamos la valentía y la clarividencia del nuevo embajador norteamericano; no negamos un avance en la Casa Blanca que hasta cierto punto desautorizó el discurso de Hinton y ha respaldado el discurso de Pickering; no negamos la buena disposición. Pero esperamos que la realidad diga su última palabra.

Esta superación aniquiladora de los escudrones de la muerte es imprescindible para la democratización del país. Ante todo, porque no puede hablarse ni de humanidad ni de democracia en un país con 50,000 asesinatos, cuya inmen-



sa mayoría es responsabilidad, como lo decía la OEA en 1981 de "las fuerzas de seguridad" que actúan impunemente al margen de la ley, como asimismo por grupos paramilitares que obran con la aquiescencia o consentimiento tácito de los gobiernos. Por regla general, tal aquiescencia ha significado que las autoridades gubernamentales no procedan a una adecuada y eficaz investigación de la autoría de tales crímenes" (cfr. ECA, 1981, 398 p. 1182). Pero es, además, condición indispensable para que pueda haber elecciones libres, para que el FDR-FMLN pueda salir públicamente a la arena política, para que las fuerzas moderadas del país puedan decir su palabra de paz y de progreso. No hay duda, por otra parte, que muchos ciudadanos se han ido con la guerrilla por el temor a ser asesinados o por luchar contra quienes han sido los asesinos de sus allegados más queridos. El terrorismo de derecha no sólo es inmoral, sino que es a la larga contraproducente, como lo recuerda el propio Pickering refiriéndose implícitamente al caso de Guatemala, que es una de las tentaciones que asaltan a nuestros oligarcas y aun a algunos de los dirigentes políticos y militares.

Los efectos de esta presión norteamericana ya se han dejado ver en el papel. El Ministro de Defensa ha condenado tajantemente a los escuadrones de la muerte y el Alto Mando con los comandantes de los cuerpos militares y de seguridad pública han reconfirmado esa postura. Incluso en el último cambio de mandos hay algunos ligeros síntomas de acciones no en contra, pero sí de advertencia en relación con militares, cuyos nombres la propia embajada norteamericana en El Salvador había dejado filtrar a los periódicos norteamericanos. Pero evidentemente todo esto es muy poco. Sigue habiendo asesinatos de profesores universitarios, de cooperativistas, de beneficiarios de la reforma agraria, de obreros, de simpatizantes de la izquierda. ¿Hasta cuándo? Hoy contamos con un compromiso oficial de la Fuerza Armada, hoy contamos con un compromiso oficial de la Administración Reagan. Los próximos meses van a demostrar si ese compromiso es otra vez un puro juego disimulador o es definitivamente un paso adelante en el saneamiento de la patria, en la depuración de la Fuerza Armada y en el imperio de la ley.

T.R.C.

